arrinconar una hermosura de hija como esta!... ¡Vamos, Señor! (Sale. Carmina y Pilar quedan mirándose.)

Carm. ¿Es verdad?

Pilar Es verdad. ¿No te alegras?

Carm. ¡Sí!... (En seguida, haciendo transición, concluye.) Pero me parece que vas á pasar muchas rabietas.

(Pilar la abraza sonriendo con melancolía.)

Pilar ¡Dios quiera que no aciertes, hija mía! (Ocupan su sitio á la mesa, despliegan sus servilletas, y está entrando Agustina con el primer servicio cuando sobre el cuadrito cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala grande, especie de segundo hall, ataviado con esplendidez. Al fondo puerta sobre el verdadero hall del que se ve, corpórea, una parte. En lo que debiera ser ángulo derecho, ochavada, puerta grande de cristales que da al comedor. Al otro lado puerta lateral comunicando con el resto de la casa. A la derecha, en primer término, mesa y rincón escritorio. A la izquierda, en el mismo término, chimenea grande con plantas, mesitas, sillones, etc.

—

(CARMINA y su prima SYLVIA están sentadas hablando; la otra primita FIFÍ viene del comedor. PILAR, en pie, junto á la chimenea, observa á las tres.)

Fifí Las personas mayores se olvidan de nosotras y no va á quedarnos tiempo para nada.

Carm. Cuando papá y tía abuela empiezan á hablar, no acaban nunca. Como se ven de tarde en tarde...

Sylvia ¿Lleva días en Madrid?

Carm. ¿La tía? no; llegó ayer.

Fifí (Que anda de acá para allá curioseando, se fija en un retratito con marco de plata que habrá sobre la mesa.) ¡Qué mujer más bonita!... ¡Qué cara! ¿quién es, prima? (Carmina se acerca.)

Carm. No sé. ¡Aquí hay tantos retratos!... A lo mejor, actrices de teatro, amigas de papá.

Sylvia Los meses que pasas en el campo, ¿los pasas con tu tía?

Carm. Sí.

Fifí ¿Muchos?

Carm. Los otros años, seis ó siete.

Sylvia Como nosotras en el colegio poco más ó menos.

Carm. Yo me he librado del colegio, gracias al cariño de tía abuela y de Pilar. Papá quería colegio al principio; y había hablado con la directora de uno en *Montpellier*. Pero yo vivía entonces en casa de mi tía, donde estaba Pilar, que era su protegida y su ahijada; mi tía le habló, fué mi maestra y ya después hemos seguido así.

Sylvia ¿Pilar es tu *miss?*

Carm. Sí.

Fifí ¿Aquella?

Carm. Sí... ¡más buena! (Se ha vuelto á mirar á Pilar y le sonríe.) Pilar, ¿estás contenta?

Pilar Sí, hija mía.

Carm. Dame un beso.

Pilar (Va hacia Carmina y la besa en la frente sin darle importancia.) ¡Boba! (Las primas se miran extrañadas y no comprenden mucho aquel cariño. Pilar sigue hasta la mesa, coge con disimulo el retratito de antes y lo esconde en un cajón. Por la lateral entra AGUSTINA y se le acerca: las niñas continúau hablando.)

Agus. La señorita Pilar dijo que se le avisara para disponer el cuarto de la señora Condesa.

Pilar Sí, voy, Agustina. (Y en tono de reconvención cariñosa) Acabo de encontrar sobre la mesa otro retrato.

Agus. Señorita Pilar, ¡nacen! le aseguro á usted que esta mañana...

Pilar Basta; vamos. (Y salen por la lateral.)

Sylvia ¿Qué meses son los que pasas en el campo?

Carm. De Mayo á Diciembre, por lo menos.

Sylvia ¡Si estamos acabando Junio!

Carm. Digo los otros años; este no sé.

Fifí ¿Pero tu padre no te ha dicho?...

Carm. Vereis lo que pasó Yo le hablé á mi padre una mañana para que no nos fuéramos tan pronto... Era cuando aquello que os expliqué de aquel amigo de papá.

Fifí A mí no me explicaste nada. Los secretitos se los cuentas á mi hermana que pregunta más.

Carm. ¿Y tú no le dijiste?...

Fifí ¡Naturalmente! pero le habías recomendado

que callara y por más esfuerzos que hice no pude arrancarle el nombre.

Carm. ¡Si es lo único que no le dije! (Amenazando á Sylvia.) ¡Mala!

Sylvia Hija, estas cosas se cuentan para que se repitan; ya se sabe.

Carm. Bajemos la voz.

Fifí ¿Tu *fraulein* no te deja tener novio?... La nuestra tampoco. En cuanto apunta uno se pasa las noches haciéndonos sermones y el día devorándole con sus ojazos. Infalible. A las pocas semanas el infeliz desaparece; yo creo que les asusta ó se los come.

Carm. ¡Tonta!

Fifí En resumidas cuentas: que convenciste á tu padre, que este año no te mueves de Madrid y que el idilio sigue; ¡enhorabuena!

Carm. No, papá, no suele convencerse fácilmente. Decidió que la marcha sería el quince de Mayo y hasta tuve que acabar pidiéndole que la anticipáramos un poco.

Fifí ¿Tú?

Carm. Papá es así. Pero pasó el quince de Mayo, el quince de Junio, vamos á entrar en otro mes y no se habla de viaje.

Sylvia Yo en tu lugar estaría muy contenta por haberme salido con la mía.

Carm. Pues yo no. Me gusta que papá haga las cosas como las dice. Me tiene acostumbrada así.

Fifí Por de pronto, las vacilaciones de tu padre...

Carm. Papá no vacila: habrá cambiado de idea y nada más.

Fifí Con tu permiso, á eso se le llama vacilar; pero no reñiremos si tú quieres. Iba á decir que al cambio de ideas de tu padre, tenemos que agradecerle por de pronto los buenos ratitos que pasamos juntas.

Sylvia Es la primera vez que te encontramos en Madrid al regresar nosotras del colegio.

Carm. ¡No nos veíamos desde chiquitinas!

Sylvia Pero á ti no puede contrariarte esta demora; no me seas hipócrita, primita; lo del novio seguirá adelante...

Carm. Te diré: papá me había prometido en cambio un viaje á Niza.

Sylvia ¡Ah, eso es distinto!

Carm. Por lo demás, sólo tengo motivos para estar contenta. Me abrieron la jaulita. Mi vida es otra. Comemos casi todos los días en familia...

Sylvia ¿Con tu padre?

Carm. Y con Pilar... ¡Ah, me olvidaba! Papá nos ha puesto nueva la jaulita... ya sabeis...

Fifí Sí, tu cuarto.

Carm. Y el cuarto de estudio; y el cuarto de Pilar; ella no quería. Pero ha quedado todo preciosísimo. Su aparadorcito para libros, su mesita, cacharros con flores, porcelanas, dos vitrinas; está una hermosura, ¿quereis verlo?

Las dos ¡Sí, sí, vamos!

Pilar (Entra por la lateral con una toca y un abrigo ligero que deja sobre una silla. Al verlas que salen dice:) Carmina, ¿quieres escucharme un momentito? (Carmina se le acerca y hablan.)

Fifí Esta chiquilla es tonta, Sylvia.

Sylvia Pavita, Fifí.

Fifí ¡Señor, lo que se cuenta en casa del tío Lorenzo y la dichosa prima nos resulta *blanca*!

Sylvia ¿Recuerdas las enormidades que esperábamos saber?

Fifí Pues ya has visto.

Sylvia Papá es así.

Fifí Papá no vacila.

Sylvia Le retrató.

Fifí De cuerpo entero.

Sylvia ¡Angel de Dios! (Se acercan á Pilar y Carmina.)

Pilar Si es á ver la jaulita, os acompaño y así conoceré á las primas; digo, si estas señoritas...

Sylvia Nosotras veníamos á buscar á usted precisamente.

Carm. ¿Ves, Pilar?

Pilar Pues muchas gracias.

Fifí No nos perdonaríamos haber sido la causa de un resentimiento entre amigas tan verdaderas como ustedes dos.

Sylvia No faltaba más.

Fifí Ya nos ha dicho Carmina que es usted una excepción.

Pilar No, señorita. Con seguridad Carmina no ha

empleado esa palabra. Ella es tan buena, que sólo cree que es corriente y natural en el mundo la bondad. Para Carmina yo sería una excepción si fuese mala. Y ella no me habrá juzgado así. ¿Verdad, señorita! (Fifí le vuelve la espalda murmurando.)

Fifí ¡Impertinente!

(Aparece en la puerta del comedor LORENZO, que da el brazo á la Condesa.)

Lor. ¿A dónde lleva el vuelo la bandada?

Carm. ¡A la jaulita!

Cond. ¡Valiente algarabía armareis juntas!

Pilar Voy con ellas.

Lor. Y yo con ustedes, cuando deje en el sillón á la Condesa.

Cond. ¡No, no, no!... Yo tengo bríos para llegar por etapas y sin auxilio de nadie. Con la más currutaca de mis sobrinitas me pongo á animosa. Y ya no digo con Pilar, que comparada conmigo es una vieja. (Suelta el brazo de Lorenzo y avanza por su pie al sillón.)

Pilar Tal vez tenga usted razón, madrina.

Cond. ¡Ajá!... Llegamos.

Lor. Sin que haya habido *panne* que lamentar.

Cond. (Apoyada en el respaldo mientras habla.) Eso es; sin avería como rezábamos entonces, cuando dicen que se viajaba en diligencia... ¿ustedes lo han creído alguna vez, hijitas mías? ¡Quiá!... ¡paparruchas! Cerrando los ojos para recordar, yo juraría que todos los viajes de mi juventud los hice en automóvil. ¡Qué rapidez aquella y qué pasar vertiginoso de una sensación á otra! Es que curiosidad, sentidos y memoria estaban ágiles. Ahora, con los *cuarenta* y los *cien caballos* de que hablan ustedes, es cuando yo empecé á viajar despacio. Mi pensamiento como mis pies va poco á poco, y no se me rían, porque les ha de pasar lo mismo á ustedes. Arrugaditas han de verse como yo, Dios lo permita, y para entonces en el mundo viajarán volando. Volando, los de entonces. Pero estas sobrinitas mías, no. Ustedes sin máquina ninguna y pisando muy duro con zapatitos de tacón sobre la tierra, ahora vuelan; ¡ahora es cuando vuelan!... Aprove

chen ustedes, aprovechen. (Da una vuelta y dice á Pilar.) Pilar, dame tu mano.

Pilar ¿Se quiere usted sentar, madrina?

Cond. Sí, hija mía: mis bríos, de todas maneras, no van hasta consentirme que haga dos veces un camino inútil. Tráeme toca y abrigo que estarán en mi cuarto.

Pilar Los traje ya; allí están. (Señalándolos.)

Cond. Pues yo aquí espero sentadita, tocada y compuesta.

Fifí ¿De modo que después nos acompañas tú?

Cond. Si no os levanta de cascos Lorencito y tardais mucho.

Sylvia ¡No son más que las cuatro y el sol quema!

Cond. Yo á casa para el té de Carmina; ya sabeis.

Lor. ¿Quereis que aplacemos la visita?

Fifí No, no, tío; vamos, vamos.

Cond. Por la golosina de ir contigo, ¿tendrás suerte?

Sylvia Y porque nos dijo Carmina que todo está preciosísimo.

Lor. Tampoco os imagineis que vais á ver nada del otro mundo. En fin, andando.

Fifí Tio, el brazo. (Se coge de el.)

Sylvia Tío, el otro brazo. (Idem.)

Carm. ¿Vienes, Pilar?

Pilar Ahora ya no; me quedaré con la madrina.

Lor. ¡Ah, muy bien! Déjala estar. Y tú abre campo. (Con ironía, señalando á las que se quedan.) ¡Desde la esquina de la chimenea, la austeridad, los años, la prudencia y el juicio nos contemplan! ¡Un grito de protesta, amigas mías! ¡Libertad, alegría, juventud! ¡En marcha, en marcha!

(Sale por el fondo el grupo agitando sus pañuelitos de encaje; Silvia y Fifí cantando, á coro con Carmina, los primeros compases de la «Marsellesa». Las vocecitas se atenúan por la distancia poco á poco; la viejecita sonríe y dice.)

Cond. ¡Pero qué canalla sigue siendo este sobrino mío, qué canalla! Por él no pasan años!

Pilar ¿Le pudo usted hablar, madrina?

Cond. ¡Las que cuenta! Y todo fingido. Está con pretensiones de engañarme á mí, que le sa qué tantas veces de estas trampas. Sería cardoroso, si no fuera cínico. Pero le veo espantatruenos como nunca.

Pilar ¿Le ha dicho usted si nos vamos por fin al Caserón?

Cond. Vendréis conmigo. Bastó que le hablara de Carmina. «Mira que está entrando Julio, y el calor va á quitarle la carne á puñados; ya sabes que le pasa...»

Pilar Y es verdad.

Cond. Nada; que fué distracción, pereza de pensarlo y... ¡músicas! Lo que hay es que él, cuando le entra una de estas cerrazones grandes, piensa en lo suyo nada más; dale que dale, como los locos con su tema.

Pilar ¿Y de lo otro?

Cond. (Afectando en toda la escena cierta candidez y buena fe para obligar más á Pilar á espontanearse con ella.) ¿Qué es lo otro?

Pilar Los miedos de usted; lo que me dijo ayer; las sospechas que la trajeron á Madrid.

Cond. ¡Ah, sí! Vamos. ¿Tú ves?... Se me había metido en la cabeza, por lo que leía entre líneas de sus cartas, que esta vez te estaba preparando á ti la bribonada.

Pilar ¡Madrina, por Dios!

Cond. Sí; me engañé.

Pilar ¿No se lo dije?

Cond. ¡Yo que en mi juventud, tocante á chismes de amoríos, era capaz de detener un grano de pólvora en el aire! Todo acaba. Lo que hay es que no sabe dónde ponerte por lo que estás haciendo con esta casa desde que decidió cambiar de vida, digámoslo así. Y que el orden. Y que la puntualidad siempre. Y que la compostura en todas partes. Y que parecen otros los criados. Y que esto, quien lo ha visto y quien lo ve... La verdad es que está desconocido. Buena maña te das, y así me gusta. Dice que antes tenía jaula en casa, y que ahora, por toda su casa parece que se haya extendido la jaulita de antes. ¡Buen pájaro está él!

Pilar ¡Y bien la engaña! Diga usted, madrina, que esto está peor que nunca.

Cond. ¿Qué me cuentas?

Pilar Un escándalo. Aquí todo es mentira. Lo que está á la vista es nada más lo que no importa. Detrás de lo que se dice, como su

sombra, está lo que se calla. Me parece que en el aire, en la luz, en los rincones de los cuartos al caer de la tarde, hay algo, yo no sé cómo explicarme, que pesa y se masca; que se habrá quedado aquí de tanto como ven al cabo del día estas paredes. Dan ganas de abrir de una vez todas las ventanas y barrerlo. Pero el mal está adentro y no se puede. Es como el corazón de esta casa; habría que arrancarlo y una tiene miedo de mancharse. Cuantas más vueltas le doy, más imposible me parece, y menos me dejan descansar mis pensamientos.

Cond. Te diré, Pilar, que delante de ciertas cosas, lo mejor que puedes hacer es ignorarlas; cierra los ojos y no pienses.

Pilar ¡No se puede, madrina!

Cond. ¿Ah. no se puede?

Pilar Como no se puede librar una del fuego en un cuarto cerrado, aunque esté lejos de él; ¡entra el humo en los pulmones y te asfixia!...

Cond. ¿Sí, verdad?

Pilar Ya le he dicho á usted que esta vez es un escándalo. Está ciego y no lo oculta.

Cond. El habla de una...

Pilar (Rápidamente.) ¡Rosita Garcés!

Cond. Ah, ¿tú sabías?... Sí; ese nombre dijo.

Pilar Es ella; es ella.

Cond. Bribona, por las muestras debe serlo; pero además, yo no sé; á veces estos hombres se encalabrinan por unos espantajos; puede ser que sea vieja, fea...

Pilar No, madrina, no. (Saca del cajón el retratito de antes y lo da á la Condesa.) Mírela usted.

Cond. (Con intención y mirando el retrato mientras habla.) Bonita, es bonita. Parece alta y está llena, sin ser gruesa. Mira limpio y segura de sí misma, que ya es mucho. Tiene un hoyuelo en la barba que la anima; viste bien, el cuello es noble...

Pilar (Arrancándole el retrato de las manos y como sin poderse contener.) ¿Pues para qué quiere usted más? Con eso basta. Y á la bondad y al corazón les parta un rayo. ¡Si es usted, madrina, y se le ríen los ojos disculpando!

Cond. ¿Qué te pasa?

Pilar ¿No le he dicho á usted que en el corazón de la casa estaba el mal? ¡Pues aquí lo tiene usted! (Mostrando el retrato.) ¡Y hay que arrancarlo! (Tira otra vez el retrato en el cajón y acaba.) ¡Y un día será!

Cond. Ven acá, Pilar. ¡Me estás hablando con un fuego... ¿No es que tú?...

Pilar ¿Qué? ¡Yo no, madrina!

Cond. Bien, bien; callo. No quiero pasarme de lista contigo también; porque entonces tendréis que retirarme... (Se ha puesto de pie y añade.) Dame eso, que me iré arreglando. No vayan á acabar antes las niñas. Te he visto aquellos mismos ojos conque en el caserón, de chiquitina, decía yo que me anunciabas las tormentas... ¿No te acuerdas?

Pilar Sí, madrina.

Cond. Así brillaban. Yo tenía mis razones para decírtelo. Tu padre fué marino, y de él imaginaba yo que habrías sacado aquella virtud de presentir el tiempo. (Ha acabado Pilar de ayudarla; la viejecita deja una pausa y añade, mirándola fijamente.) Tu padre fué además un hombre de honor.

Pilar Lo sé.

Cond. (Volviendo á sentarse.) Aparte de eso, se portó como un canalla con tu pobrecita madre. ¡Para que vayamos á fiarnos de los hombres! Piénsalo, Pilar, y vive alerta... ¿sabes? Porque más buena y más santa que la santa de tu madre no serás, ¿verdad?

Pilar ¡Madrina!...

Cond. ¿Qué?

Pilar Yo sé que usted me quiere... pero cuando me trajo usted aquí, no pensó bien. Con usted yo era feliz, nada pedía... Y ahora, Carmina de un lado... y de otro... ¿qué he de hacer?

Cond. (Con ternura, acercándose á ella y hablándola maternalmente.) De niña, cuando estabas á mi cuidado y yo tenía que dejarte sola, nunca te di más que una orden, ¿la recuerdas? «Pilarita, adiós: haz lo que quieras; pero piensa que has de contármelo después». Eras leal, sincera, franca, ni sospecha había en ti

de la mentira; y para no tener que contarme nada malo, fuiste siempre buena. Pues la vida no te habrá cambiado tanto. ¿Qué has de hacer? (La abraza, la besa en la frente, y concluye.) Pilar, haz lo que quieras, pero piensa que has de contármelo después. ¿Entiendes, hija?

Pilar (Con emoción.) Sí, madrina.

Cond. Desde esta tarde, desde este momento. ¿Y la conversación de antes no vale?

Pilar No, madrina. (Por el fondo vuelve á entrar LORENZO; las niñas quedan charlando en el Hall.)

Lor. Cuando usted disponga, tía; las niñas ya están. ¿Quiere usted el brazo?

Pilar ¿Sale también Carmina, don Lorenzo?

Lor. Sí; me lo ha pedido con tanto empeño, que no he sabido negarle el caprichito Ella va tan contenta con sus primas... y no le digo que las acompañe usted, Pilar, porque no hay más que cuatro asientos en el coche.

Pilar Yo iba á pedirle á usted permiso para quedarme aquí esta tarde.

Lor. Entonces, mejor. Todo se arregla. (Ha dado el brazo á la Condesa y van á salir por el fondo.)

Cond. ¡Adiós, ahijada!

Pilar ¡Adiós!

Lor. Diga usted que prevengan á Pastor. Y que esta tarde no recibo á nadie.

Pilar ¿A nadie?

Lor. A nadie, Pilar; recomiéndelo usted misma, hágame usted el favor.

Pilar Está bien. (A CARMINA, que se destacó del grupo de las primitas.) ¿Me dejas?

Carm. Yo no quería. Y menos yendo con las primas. Pero papá lo ha dispuesto, y no hay remedio. (Abrazándola y besándola.) Adiós, mamá Pilar.

Pilar (Idem.) Adiós, Carmina.

Carm. Diré que me aburro y volveré en seguida.

Pilar Adiós. (Salen todos y se les ve desaparecer por el Hall. Pilar queda mirándoles un momento; entra JAVIER por la lateral, deteniéndose dudoso.) Llega usted á punto. Me encargó don Lorenzo que le hiciera llamar para la firma.

Javier Aquí le aguardo.

(Javier se dirige á la mesa y Pilar sale por la lateral.

Al cabo de unos instantes vuelve á entrar LORENZO. El Secretario, que ha dejado la firma sobre la mesa, espera órdenes.)

Lor. (Al sentarse.) ¿Habló usted con Pilar, amigo Pastor?

Javier Acaba de salir hace un momento; me ha dicho que usted pidió la firma.

Lor. Ya. (Deja la pluma para encender un cigarrillo.) No ha entendido usted del todo mi pregunta. Me refiero á lo que me dijo usted respecto á Pilar hace ya tiempo.

Javier No había entendido, es verdad.

Lor. ¿Y qué?

Javier Pues que pasó á la historia; ya no hay nada.

Lor. ¿Nada?

Javier Nuestra buena amistad de siempre, y nada más.

Lor. (Que sigue firmando.) Ajá... ¿no iban ustedes á casarse?

Javier Yo cometí la ligereza de hablarle á usted sin saber nada seguro. Y por lo visto...

Lor. ¿Se había equivocado usted? ¿La señorita Pilar no estaba decidida?

Javier Así parece.

Lor. En fin, mujeres sobran, y es usted muy joven. Pero la solución que yo indiqué—¿recuerda usted, Pastor?—me parecía tan aceptable, tan... ¿cómo la encontró Pilar? ¿Se la propuso usted?

Javier Sí, don Lorenzo.

Lor. (Con interés, dejando el correo.) ¿Y qué?

Javier Lo mismo; nada.

Lor. (Volviendo á sus cartas.) Ya... Tendrá otros planes... Y á lo mejor, ¡quién sabe!... otros amores... ¿A usted no le ha dicho?...

Javier No, señor.

Lor. Estas mujeres un poquito sabias son ordinariamente frías y calculadoras... ¿eh?

Javier ¡La señorita Pilar es todo corazón!

Lor. ¡Ah, vamos!... ¿El libro de cheques?

Javier (Que tiene en la mano un talonario de cheques.) Aquí está.

Lor. (Leyendo la cantidad en una carta.) Cuatro mil seiscientas.

Javier (Leyendo la cantidad en el cheque.) Cuatro mil seiscientas.

Lor. Venga. (Javier arranca del talonario el cheque y lo entrega á don Lorenzo. Don Lorenzo firma, y acabando su tarea, se pone de pie.) Ya está todo. Amigo Pastor, mi ofrecimiento del otro día queda en pie; no iba usted á tener desgracia en todo. Me intereso mucho por usted y espero que muy pronto...

Javier Debo advertirle al señor que yo molestaré poco al señor.

Lor. ¿A mí?

Javier Me voy de España.

Lor. ¿Usted?

Javier A Boston.

Lor. Ya; para olvidar... nada tengo que decir, porque supongo que ya usted lo habrá pensado bien. Lo siento. Y si un día vuelve usted á España, para olvidar á alguna yanqui, aquí me tiene usted. Pero el procedimiento va á resultarle caro en pasajes, si es usted propenso á enamorarse... Amigo mío, se hacen viajes para conocer mujeres. Para olvidarlas... ellas... ellas mismas. (Entra por el fondo, un poco bruscamente, PILAR. Se hace una pequeña situación.) ¿Pilar?

Pilar Sí, don Lorenzo; y es para excusarme. Di orden de que no se recibiera á nadie como usted me dijo; pero... (Calla un instante y don Lorenzo dice á Pastor que esperaba órdenes:)

Lor. Nada más, Pastor. (Sale el secretario.) Siga usted, Pilar.

Pilar Desde el estudio, por el mirador, he visto que discutía acaloradamente con Ignacio, en la verja misma del jardín, una señora. Y empujándole casi y á la fuerza, ha entrado en casa.

(IGNACIO presenta una tarjeta que Lorenzo lee. Dice luego al criado:)

Lor. ¿Y espera?

Ign. Sí, señor.

Lor. Avisaré.

(Se va Ignacio.)

Pilar Como tal vez ha sido torpeza mía al dar la orden, si esa señora se empeña en pasar y no quiere usted hacer una excepción, yo la recibiré.

Lor. (Sonriendo y mostrando la tarjeta, que Pilar no mira.) ¿Usted, Pilar? ¿usted la conoce?

Pilar Rosita Garcés.

Lor. ¿Y usted pretende?...

Pilar No; yo nada. Se me había encomendado el cumplimiento de una orden y venía dispuesta á facilitarlo por mi parte. Pero si usted ha vuelto de su acuerdo, no tengo nada que añadir y me retiro. (Va á hacerlo.)

Lor. ¡Pilar!... (Pilar se detiene.) Perdone usted, Pilar; pero es usted de una impavidez y de una frialdad conmigo que á veces me exasperan. Confiese usted que el paso que va á dar no es lo corriente. Va usted á decirme como siempre que es por Carmina y que no hace usted otra cosa que irle abriendo camino hasta mi corazón. Yo lo he querido; no me opongo. Pero es imposible que esta tarde no tenga usted otras razones y me habría gustado conocerlas antes. Por eso, y no porque volviera de mi acuerdo, me ha visto usted dudar.

Pilar Pues la verdad es que no tengo otras razones, don Lorenzo.

Lor. ¡Perfectamente! (Llama.) Ya ve usted que no me duelen prendas. Le juro á usted que había olvidado por completo esta visita. Yo hice todo cuanto pude para que esta tarde nos quedáramos solos nosotros dos en casa; porque necesito hablar con usted. Pero *esto* no importa: así se abrevia todo. Después usted y yo... (Va á contestarle Pilar cuando se presenta Ignacio y Lorenzo le dice:) No estoy en casa para nadie. Dígalo usted á esa señora, y si á pesar de todo insiste, la señorita Pilar me hará el favor de recibirla. (Sale el criado. Sale también Lorenzo por la puerta del comedor y antes de cerrarla dice á Pilar:) Usted decide.

Ros. (Se oye su voz en el Hall.) ¿Que no está Lorenzo? ¡Si no sale estas tardes! ¡No es posible! (Entra en escena; ve á Pilar.) Perdón, señorita... ¡Mire usted que obligarme á hacer antesala en esta casa! ¡Tiene gracia! (Y se dispone á abrir la puerta del comedor.)

Pilar ¿Dónde va usted, señora?

Ros. ¿Pero qué comedia es esta? ¿Dónde está Lorenzo?

Pilar La señora Condesa de Husadas llegó ayer

sin avisar; la casa está un poco alterada y don Lorenzo tuvo una obligación urgente.

Ros. Dejaría algún encargo para mí, ¿no recuerda usted si dijo algo especial? para Rosita Garcés... ¿le suena el nombre?

Pilar Su nombre de usted es conocido en esta casa.

Ros. Menos mal.

Pilar Pero don Lorenzo no ha dicho nada para usted.

Ros. Se le habrá olvidado.

Pilar Claro.

Ros. Es un canalla... ¿puedo ponerle unas líneas?

Pilar (Impaciente; junto á la mesa) Aquí mismo.

Ros. (Acercándose; pero parándose delante de un espejo á embadurnarse la cara con una brocha diminuta.) Naturalmente: á mí no me la dan ustedes. Lorenzo, á estas horas, está en casa y sabe Dios con quién. (Guarda su brocha y pregunta con malicia:) ¿Carmen Denis?...

Pilar Yo no miento.

Ros. Pues no va usted á durar en esta casa.

Pilar Llevo diez años.

Ros. ¡Y yo no la conocía á usted! ¿Cómo es posible? (Antes de sentarse la examina de pies á cabeza con impertinencia.) ¿Decía usted que hace diez años, señorita?—pues entonces no es usted tan joven.

Pilar No he dicho que lo fuera, y además...

(Rosita abrió su bolso para buscar su estilográfica y tira al mismo tiempo de un sobre que hay en él.)

Ros. ¡Ah, dígale usted que le traía este retrato!

Pilar ¿Otro?

Ros Me lo pidió ayer tarde; le ha entrado furor... ¿se encargaría usted de dárselo en mi nombre?

Pilar Bueno.

Ros. (Con impertinencia.) Perdone usted; pude ser usted curiosa y puede darle á usted la ocurrencia de mirarlo ¡oh, no me importa!... Pero como Lorenzo y yo también somos viejos camaradas, hay confianza, y el retrato va con un poquitito de detalle; disimule usted. (Pilar coge el retrato; pasa al otro lado de la escena, lo tira sobre una mesita y queda esperando

nerviosa.) No la sentó muy bien... ¡qué tipo! (Muerde el mango de la pluma, pensando.) ¿Y qué le digo yo? (Poniéndose á escribir.) ¡Le daré un sablazo! (Sigue escribiendo unos momentos:) «Tuya, tuya, tuya». (Firma y rubrica.) La... (Pilar avanza un poco.) Entonces, señorita... pero dispénseme usted, yo soy curiosa: ¿puedo saber con quién hablo y qué papel viene usted á representar en esta casa desde hace tantos años?

Pilar Soy la maestra de la niña.

Ros. ¿La señorita Pilar?

Pilar La misma.

Ros. ¿Nada menos? ¡Estoy delante de la señorita Pilar y no me había avisado el corazón! (Vuelve á examinarla con afectada minuciosidad.) ¡Pues no es para tanto! Tengo el gusto de participarle á usted que es usted mi rival. ¡Ah, pero tiene una barbaridad de gracia! Es usted una rival peligrosísima; muy nueva; una rival apasionada y razonable. Lorenzo me ha dicho...

Pilar ¿Terminó usted su carta?

Ros. Aquí está. Lorenzo...

Pilar ¿Y va usted á marcharse?

Ros. Ahora ya no. ¡Se me pasaban unas ganas de tropezar con usted alguna vez! Lleva usted una táctica admirable y le descuento el triunfo Es usted una mujer de orden y nosotras sabemos cómo cotizan eso ciertos hombres, pero...

Pilar (Grave, interrumpiéndola.) He de advertirle á usted que no tengo ninguna obligación de escucharle impertinencias, ni de tolerárselas.

Ros. Iba á darle á usted un buen consejo.

Pilar No necesito recibirlos de usted.

Ros. ¿Por qué no? Del enemigo el consejo... Pero es igual. Puede usted retirarse cuando guste.

Pilar Se engaña usted.

Ros. ¡Ah, tate, hijita!

Pilar Va á ser usted la que salga y en el acto. Ni siquiera tiene usted que presentarme excusas que doy por oídas: esa es la puerta.

Ros. Está entendido. Tuvo usted mayor fortuna.